

Algunas consideraciones sobre la génesis de la identidad en Hispanoamérica

Eduardo Abud
The University of Arizona

Desde el siglo XVIII existía en algunos pensadores hispanoamericanos la inquietud ontológica de la identidad propia tanto cultural como étnica. Ya que culturalmente no se sentían europeos, ni mucho menos podían ser indios o africanos, intentaron conciliar la herencia española con la cultura autóctona, vinculada a su vez con los esclavos negros quienes forman el tercer elemento predominante en el Nuevo Mundo (Rovira 12).

En esta investigación se presenta un esbozo de las reflexiones trascendentes de los que se han considerado los letrados más representativos, cuyas ideas sirvieron de base, en algunos casos para la búsqueda de una identidad Hispanoamericana, y en otros, para la construcción de la identidad nacional. Se han analizado los ensayos escritos al respecto en el período de un poco más de un siglo, por Simón Bolívar, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos y Andrés Bello.¹ En el caso de éste último se analiza adicionalmente su silva “A la agricultura de la zona tórrida” por la importancia que ésta representa en la génesis de la identidad cultural de Hispanoamérica.

Varias fueron las causas que impulsaron a las colonias hispanoamericanas a buscar su autonomía política y aún la independencia formal de España: el malestar de los criollos, el influjo de las doctrinas liberales provenientes de Francia e Inglaterra, la influencia de la Independencia de los Estados Unidos y la de la Revolución Francesa,² así como la de algunos intereses extranjeros (principalmente ingleses),³ interesados en coartar la hegemonía española en Hispanoamérica (Keen 215).

Dadas las nuevas órbitas de poder y subordinación, la independencia de las antiguas colonias españolas significó un cambio de un régimen político a otro, que trajo como consecuencia conformar las nuevas identidades colectivas (Montaldo 21-2). El barón Alexander von Humboldt viajó durante cinco años

por Hispanoamérica. Las publicaciones que se sucedieron a su viaje, formaron las bases ideológicas para la reinención de lo que denominó “el nuevo mundo”.⁴ Estas publicaciones fueron la inspiración de muchos intelectuales para la nueva visión fundacional de las nuevas naciones. El mismo Bolívar rindió un merecido homenaje al gran naturalista alemán, refiriéndose a él en estos términos: “El barón de Humboldt estará siempre con los días de la América presentes en el corazón de los justos apreciadores de un grande hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza.”⁵ El replanteamiento de América como “Nuevo Mundo” por Humboldt traza un nuevo esquema geopolítico, el cual influyó a las élites criollas.

Para Bolívar, individuo de mentalidad ilustrada, aproximándose a la idea liberal, todo se organiza entre las fuerzas del pasado representadas por el despotismo y las del futuro que reflejan las ideas de progreso, libertad y educación. Todo para él es un conflicto de fuerzas históricas. Bolívar configura todo un futuro para Hispanoamérica, ya que como pensador ilustrado, la percibía como un conjunto; su visión no era nacionalista, sino universalista. En la “Carta de Jamaica” expresa: “Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria” (Bolívar 145). Vislumbraba ya desde 1815 la futura globalización comercial y el

paso entre el Atlántico y Pacífico a través de Centroamérica como la región que sería “como el emporio del universo; sus canales acortarían las distancias del mundo, estrecharían los lazos comerciales de América, Europa y Asia [. . .] Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio” (Bolívar 148).

Debido a que las élites criollas evolucionan de gremio marginado y excluido al grupo que debe cimentar su autoridad, su apremio es el de concebir una identidad de poder “que les proporcione vínculos con la Europa ilustrada” (Montaldo 24). El discurso político-cultural que utilizan se incrusta en “un modelo de racionalidad europea que sirve para legitimar las propias posiciones de poder en el interior de sus comunidades. Éstas permiten negociar hacia fuera (con España, Inglaterra o Francia,) pero también hacia adentro (con las diversas poblaciones étnicamente diferentes)” (Montaldo 24), lo que dio como resultado que la etapa independentista no se desarrollara conforme a una trayectoria única.

Consumada la independencia, la prioridad fue edificar una autoridad política autónoma en los antiguos virreinos, donde no existía una tradición política moderna y donde la definición de la identidad era primordial.⁶ Diversas disputas sobre el problema de identidad, colocan a los criollos en un terreno débil. Al mismo tiempo se les otorga la prerrogativa de elegir oportunamente la identidad misma

(Montaldo 26) y a la vez edificarla a través del tiempo, aglutinando ésta a los demás elementos de las sociedades hispanoamericanas.

Conforme a Montaldo, hubieron “[d]os prácticas construidas como ‘universales’, la ciencia y el arte, dispositivos privilegiados de la modernidad” (27), para los escritores criollos dichas prácticas fueron áreas definitivas para armar los proyectos culturales en los países que recientemente se habían emancipado. “Las escrituras fundadoras de Andrés Bello (1781-1865) y Domingo F. Sarmiento (1811-1888). . . son, en este punto, fundamentales” (27).

Andrés Bello es el intelectual que primeramente se preocupa por la emancipación intelectual de América. Se analizarán dos de sus textos fundamentales: primeramente la silva “A la agricultura de la zona tórrida” y posteriormente “Modo de escribir la historia”.

En la “Silva a la agricultura” el erudito venezolano “plasma literariamente y por vez primera esta concepción de la *realidad escindida*, que tímida y embrionariamente [. . .] exhiben los paulatinos versos neoclásicos de las *Silvas*” (Morinigo 24). La emancipación de la corona tuvo como resultado la búsqueda de la autonomía cultural. Bello consideraba que para lograr esto, era imprescindible no cortar de raíz los vínculos con las fuentes culturales de la metrópoli, sino buscar los rasgos característicos de una expresión americana. Este erudito buscaba deshacerse de los

esquemas mentales de la época colonial. Su frase: “Hemos arrebatado el cetro al monarca pero no al espíritu español” (Zum Felde 84) resume muy bien su pensamiento. Bello plasmó las primicias de la expresión americana en sus *Silvas*. Éstas son el inicio de una corriente americanista (Morinigo 11).

En Londres, Bello escribe “*Silvas americanas*”⁷ en 1823 y “*Silva a la agricultura de la zona tórrida*”⁸ en 1826.⁹ La tesis de la “*Silva a la agricultura*” es que la identidad de Hispanoamérica debemos buscarla en la naturaleza civilizada, sometida al dominio de la agricultura. El poeta no se limita a recordar un paisaje bucólico desde el exilio de Londres, por el contrario, el hablante poético se lamenta en el texto del exiguo cultivo de la tierra (Montaldo 33).

En las «*Silvas*» hay cuatro puntos de vista principales: 1) la nostalgia del trópico, 2) el anhelo de paz y los deseos de ver a América reafirmada moral y materialmente, 3) la alabanza de la vida campesina (Bello sostenía que era necesario buscar la fuente de riqueza en lo rural) y 4) el concepto general de América (la unidad). El poeta concibe a Hispanoamérica como “un todo indisoluble, una vasta nación, con un mismo pasado, una misma fisonomía cultural y un destino común [. . .]” (Morinigo 25). Esta concepción coincide con la de Bolívar en cuanto a la construcción de una identidad panamericana.

Desde el inicio de la silva, el Yo lírico delimita el cuerpo de su tierra:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes

el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciado de su luz concibes! 5
Posteriormente el hablante poético
contrapone la vida rural a la urbana:
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia
el cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredadas, 80
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades.

Bello censura la ilusión que nos atrae de las grandes ciudades, el crecimiento descomunal que trae como consecuencia el hacinamiento urbano a costa del abandono del campo. Contrasta el abandono y precariedad del campo y la cantidad de riqueza material y cultural de las grandes ciudades, “que es un modo de realidad escindida, que Andrés Bello atisba y expresa por primera vez” (Morinigo 29). El interés de Bello está centrado en el espacio, ya que ahí ve la identidad americana en la naturaleza, en el campo y en el territorio dominado.

En el ensayo “Como leer la historia”, Bello plasma algunas de sus ideas en relación a la historiografía, que en el siglo XIX, se constituye como una disciplina del conocimiento, adquiriendo rango profesional y universitario con método y objeto propios. Esta disciplina fue producto de la necesidad de establecer un sentimiento nacional que justificara el nuevo orden creado después de la ruptura con el régimen

colonial. Su objetivo fue buscar e instaurar una identidad nacional, con orígenes en el pasado.¹⁰ Paralelamente a la refutación de Jacinto Chacón, Bello en su ensayo conmina a la juventud a que se interiorice “bien en la verdadera misión de la historia para estudiarla con fruto” (Chang-Rodríguez 98).¹¹

Otro pensador forjador de identidades es Domingo F. Sarmiento, cuya actitud es radicalmente opuesta a la de Bello, tanto por lo que se refiere al uso de la lengua española, como a la cultura que se verá más adelante. Para Sarmiento son las ciudades el foco de las civilizaciones y de donde éstas se propagan. La pampa es la barbarie. Es la antonimia dialéctica que reconoce la realidad histórica básica, el conflicto de civilización y barbarie (Zum Felde 100). La vida social se encuentra en estado primitivo, retirada de los cánones de la civilización. La ciudad es la supremacía del pensamiento racional, de la cultura, en contraposición al predominio de la naturaleza sobre el ser humano.

Facundo es uno de los textos más conocidos de Sarmiento, en donde perseguía varios propósitos.¹² En la última parte de *Facundo*, Sarmiento esboza también sus convicciones en cuanto a alentar “la inmigración industrial de la Europa [. . .] diseminados por toda la Republica, enseñándonos a trabajar, explotando nuevas riquezas y enriqueciendo al país con sus propiedades; y con un millón de hombres civilizados, la guerra civil es imposible [...]” (*Facundo* Biblioteca Ayacucho 243). La construcción de la identidad en Argentina,

está basada en el elemento europeo, que es la civilización; los gauchos e indios son la barbarie que no aporta nada, elemento que se debería eliminar, según Sarmiento.

En la introducción de *Facundo*, Sarmiento expone las causas de las guerras dentro de la Argentina postcolonial. Primeramente se percibe el influjo del medio ambiente geográfico y los hábitos que éste engendra, adelantándose así en esta reflexión a los pensadores positivistas. Esta primera causa la componen dos elementos, las pampas donde habitan los salvajes y los gauchos, integrantes de la barbarie y la ciudad representada por Buenos Aires que propaga civilización y es habitada por los ilustrados (Pellicer 110).

Sarmiento apoya y promueve en su momento la idea de eliminar al gaucho. En una carta dirigida al General Mitre, fechada el 20 de septiembre de 1861, le pide que no intente salvarles la vida. “Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre de esta chusma criolla, incivil, bárbara, y ruda, es lo único que tienen de seres humanos” (Pellicer 115). Sarmiento es de los pocos, por no decir el único, de los pensadores aquí mencionados, que pretende deshacerse del elemento criollo no educado al que considera, junto con los indios, como salvajes.

Desde el capítulo primero de *Facundo*, Sarmiento imagina los problemas políticos engendrados por un territorio de gran extensión, en donde hay inseguridad, soledad, así como estoicismo ante la muerte

violenta.

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión [...] la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias [...]. Al sur y al norte, acéchenla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. (*Facundo*, Biblioteca Ayacucho 23)

Se puede concluir que la visión que tenía Sarmiento, como programas a implementar por el gobierno, tenía sus raíces en dos vertientes, la europea y norteamericana. En la primera, Sarmiento encontró la experiencia ancestral de muchas civilizaciones. En la segunda, halló el desarrollo económico obtenido por la tecnología y el vigor del trabajo de sus habitantes, así como “un orden democrático que parecía garantizar mejor que en Europa la libertad” (*Facundo* Ed. Porrúa XXIX). Sostenía que muchos de los obstáculos para modernizarse se debían a la herencia española y pensaba encontrar la solución retomando las ideas de los Estados Unidos. Sarmiento era también partidario de la inmigración europea (sobre todo alemana e inglesa) como una manera de construir una civilización floreciente en las pampas. Estaba consciente del problema potencial que estos inmigrantes europeos representaban para la construcción de una identidad cultural y política argentina al no asimilarse a la cultura local.¹³

Si Sarmiento es el hispanoamericano

que más se ha fascinado con los Estados Unidos y el que más trató de implementar de ellos lo que creyó beneficiaría a la Argentina, José Martí (1853-1895) es su opuesto. Sarmiento conoció los Estados Unidos más bien superficialmente, ya que sólo pasó una corta temporada en aquel país. En cambio Martí vivió en ese país una gran parte de su vida adulta. Ninguno de los autores aquí analizados ha dejado tantas reflexiones como él, en relación a la comprensión de este país; conoce mejor que nadie sus virtudes y defectos.

Aunque breve la vida de Martí, fue de una intensidad sorprendente, estuvo dedicada a liberar a su país del yugo colonial español y simultáneamente al ejercicio de la literatura como medio de formar una conciencia de libertad entre sus compatriotas. Martí también escribió para proteger y fortalecer la identidad de las naciones hispanoamericanas a las que envolvía bajo el término de “Nuestra América”, en oposición al coloso del norte, la otra América (Astudillo 14).

De todas las estancias de Martí en México, Guatemala, Caracas y los Estados Unidos, es en este último país donde permanece más tiempo; catorce años. Durante este lapso Martí concibe en qué medida nuestra América no sólo es diferente de “la América Europea, sino que no puede realizarse más que por otras vías que las que tomaran los Estados Unidos. Ello lo llevaría a sobrepasar el planteo ingenuo, culturalista de Rodó, y también a comprender la

inviabilidad del planteo de Sarmiento, quien murió exclamando: ‘seamos Estados Unidos’” (*Política* 29-30). La experiencia vivida por Martí durante su estancia en los Estados Unidos le permitió una profundidad de observación de la vida política y de las intenciones hegemónicas de aquel país. Esto tuvo como consecuencia que sus ideas estén vigentes hoy en día en nuestro mundo globalizado y dominado por los Estados Unidos de América. En cambio, Sarmiento y Rodó se quedaron como hombres del siglo XIX.

Durante su larga permanencia en la Unión Americana, Martí logra despertar una vez más el espíritu independentista de los cubanos, la mayoría residentes en Nueva York y Tampa. Al respecto, Fernández Retamar comenta:

[. . .] se familiariza con lo que llamara LA AMÉRICA EUROPEA, y sin dejar de reconocer sus virtudes, ve espantado como reaparecen allí los vicios que creía haber dejado atrás, en Europa, y ratifica la diferencia de estructura y espíritu entre las dos Américas, y esto es lo más importante. Martí vive en los Estados Unidos en el momento en que esa nación pasa de su capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista e imperialista que le llevará inexorablemente a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar sobre América Latina y, en particular sobre Cuba [. . .] (Retamar citado en Astudillo 19-20)

El prócer cubano ya había dado a conocer, años atrás, muchas de las reflexiones que se encuentran en *Nuestra*

América durante sus estadías en México y en Guatemala. Martí tenía una idea clara y totalmente formada de lo que él pensaba era la naturaleza y el porvenir de nuestra América. En 1889 se publica un discurso intitulado “Madre América”, en donde recoge muchas de estas ideas. Ambos textos tienen una relación estrecha con un acontecimiento histórico trascendente, la convocatoria que los Estados Unidos hicieron a todas las naciones de Latinoamérica, entre 1889 y 1890, para fomentar su idea de “panamericanismo”. Este evento desembocaría en la formación futura de la Organización de Estados Americanos (OEA), organismo que fue utilizado por Estados Unidos para implementar sus políticas hegemónicas al sur de sus fronteras. En ese momento los destinos de Latinoamérica dejaron de estar ligados a España, ni a Europa en general, sino a la nueva potencia. Esta fue denominada por Martí como la América europea, cuyos afanes protagónicos, expansivos y dominantes, le lleva a remarcar nuestros rasgos diferenciadores (*Política* 24).

En el prólogo a sus *Versos sencillos*, Martí expresa su sentir de la reunión que se llevó a cabo en Washington:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por la ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el

escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? (Martí *Obra* 23).

Para Martí el futuro de Hispanoamérica se encontraba en el fortalecimiento de su identidad plural: “¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de la siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes” (*Nuestra América* 15).

A diferencia de Sarmiento¹⁴ en la Argentina, Martí sustenta: “El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (*Nuestra América* 17). Continúa exponiendo Martí que debemos optar por la universidad latinoamericana a la universidad europea, que es preferible enseñar profundamente “la historia de América, de los Incas” a expensas de la de Grecia clásica: “Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra” (*Nuestra América* 18).¹⁵

Martí, pensador íntegro, sereno y profundo, pudo ver tanto las virtudes como los defectos del coloso del norte. Jamás externó alabanzas desmesuradas a su país anfitrión, ni tampoco lo vituperó exacerbadamente. Su juicio avizó las intenciones hegemónicas de Norteamérica de las que nos advirtió un sinnúmero de veces, en diversos escritos.

A diferencia de Sarmiento, que

percibe la dificultad de implementar en la Argentina lo que admira de los Estados Unidos y Martí que desde ese país fragua la liberación de su patria, José Enrique Rodó¹⁶ (1871-1917) escribe desde su apacible estudio de Montevideo sin que su palabra esté “condicionada por ningún problema en relación a lo que juzga, con los Estados Unidos” (Iduarte 31).

La obra más conocida de Rodó, *Ariel*, sale a la luz en estas circunstancias tan depresivas en Latinoamérica. Éste aboga por los valores heredados del humanismo renacentista, contraponiéndose al materialismo anglosajón. Esta obra es el estandarte “de la resistencia espiritual del idealismo latino frente al utilitarismo norteamericano” y también es el emblema de la naturaleza Hispanoamericana puntualizada por vez primera (Zum Felde 292).

La obra cumbre de Rodó es, como dice Zum Felde, “un hijo espiritual de Renan” (293). Por esto *Ariel*¹⁷ recoge la influencia francesa en el momento que París se considera la capital del mundo, donde confluyen todas las corrientes universales estéticas y culturales.

La derrota de España a manos de los Estados Unidos y su expansión en América y en Asia tuvo como consecuencia el peligro de la imitación de la cultura de esta nueva potencia, que Rodó llamó “nordomanía”, y contra la que instó a “oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan . . .” (*Ariel* 125). Percibe que Estados Unidos conquista moralmente: “La admiración por

su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes [. . .] por la impresión de la victoria” (*Ariel* 124). Rodó no ignora los logros de los Estados Unidos, reconoce las virtudes del país y critica lo que a su juicio encontraba de negativo; ni todo lo que relumbra es oro en aquel país, ni todo es inacción en Latinoamérica.

Ariel representa la perspectiva idealista de la vida en Hispanoamérica, contrapuesta al restringido positivismo utilitario de los Estados Unidos. Es la aristocracia de la gobernabilidad en oposición a la igualdad de la falsa democracia norteamericana. Es la reclamación del abolengo histórico, instrumento necesario para preservar la identidad de Latinoamérica. A pesar de ser vencido ininidad de veces por la barbarie de Calibán, renace Ariel en su forma original, joven y bello, respondiendo al llamado de Próspero: es Hispanoamérica respondiendo al llamado de sus pensadores (*Ariel* 165).

Se justifica aquí un breve comentario sobre la obra de Fernández Retamar, *Calibán*, por tener un punto de vista diametralmente opuesto al de Rodó, en la exégesis de los personajes de *The Tempest* (1612), y por los comentarios que este autor expresa sobre el tema de la cultura hispanoamericana.

Calibán fue escrito en 1971 en Cuba, último bastión del colonialismo español y foco de resistencia activo en contra del neocolonialismo, en contraposición a *Ariel* redactado en el Uruguay, tras cumplirse casi

un siglo de su independencia, conformado en su gran mayoría por etnias blancas, y alejado geográficamente de las influencias hegemónicas americanas. Como se comentó anteriormente en *Ariel*, Calibán representa el utilitarismo que amenaza el espiritualismo, es el vulgo ignorante, es la mediocridad de la democracia incontrolable, es el salvaje de América.

Fernández Retamar no acepta esta interpretación de Rodó sobre Calibán, y busca dar la suya, indagando inicialmente los orígenes de la palabra Calibán¹⁸ y sustentando que la obra de Shakespeare se refiere a América, que la isla es una mitificación de alguna isla en América (*Calibán* 19), y que *Calibán* representa a los indios caribes.¹⁹ Como Rodó, para Fernández Retamar, Calibán se identifica con las masas, pero no lo rechaza por un Ariel europeizado. Calibán es la verdadera América, indígena y mestiza, no el origen de una élite criolla.

Fernández Retamar considera el caso de Latinoamérica “una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central [. . .] una cultura descendiente de aborígenes, de africanos, de europeos—étnica y culturalmente hablando—(*Calibán* 11). Concluye Fernández Retamar sustentando que el símbolo de Latinoamérica no es Ariel, como lo expuso Rodó, sino Calibán, a quien descubren los mestizos de las islas del caribe “donde vivió Calibán: Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a

Calibán y le enseñó su idioma para poderse entender con él” (*Calibán* 30). El protagonista empleó este idioma para maldecirlo: “Me enseñaste el lenguaje, y de ello obtengo, / El saber maldecir. ¡La roja plaga, / Caiga en ti, por hábérmele enseñado! (*Calibán* 13). Para Fernández Retamar esta metáfora describe la situación y realidad cultural de Latinoamérica, la que se encuentra inmanentemente subordinada a Europa debido a que el idioma en que se expresa es el del colonizador para descubrir su propia identidad. En ese último análisis “the nation-state is ultimately a European construction, its language, its theories, its questions are all formulated within a European context and then transplanted elsewhere [. . .] the search for a Latin American identity, an authentic national personality, remains a mimicry of a certain modern European model and is bound to represent a sad figure of lack and failure” (Marsh).

La última de las obras que se analizarán en este trabajo es *La raza cósmica* (1925), de José Vasconcelos. En ella el autor consagra el destino histórico superior para la «raza iberoamericana» como resultado de las mezclas sucesivas de blancos, indios, negros y orientales. En Iberoamérica este mestizaje es la génesis de la raza cósmica o la quinta raza.

El planteamiento de Vasconcelos²⁰ expone que:

[I]a cultura del blanco es emigradora; pero no fue Europa en conjunto la encargada de iniciar la reincorporación

del mundo rojo a las modalidades de la cultura pre-universal, representada, desde hace siglos, por el blanco. La misión trascendental correspondió [. . .] a los dos tipos humanos más fuertes y más disímiles: el español y el inglés (Vasconcelos 5).²¹

Confronta el escritor mexicano los idiomas español e inglés como “pugna de latinidad contra sajonismo” (5) que aún en la época en la que escribió *La raza cósmica* continua el conflicto de “instituciones, de propósitos y de ideales” (5), cuya lucha desde antaño “inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la de Trafalgar” (5). Igualmente recrimina a todas las republicas ibéricas el “patriotismo exclusivamente nacional”, la segmentación en veinte banderas, sin atender “los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestros rivales en la posesión del continente” (6). Culpa Vasconcelos a Napoleón de traición a “los destinos mundiales de Francia” afectando mortalmente de paso al Imperio español de América, cuando más débil se encontraba, debido a la venta que hizo a los norteamericanos de Luisiana.

En su ensayo, Vasconcelos continúa criticando a los sajones que sólo se mezclaron con otros de su etnia, exterminando al indígena, lo que los hace vulnerables y decadentes, equiparando su endogamia a “los matrimonios incestuosos de los Faraones [. . .]” (11). En cambio “los pueblos llamados latinos por haber sido fieles a su

misión divina de América, son los llamados a consumarla.” (11) Están predestinados a formar “la cuna de la quinta raza en la que se fundirán todos los pueblos para reemplazar a las cuatro²² que aisladamente han venido forjando la Historia [. . .] allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes” (11). Será “la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica” (25).

La tesis central de Vasconcelos sostiene que fueron cuatro las civilizaciones que más influyeron en la formación de la identidad en América Latina: la de México, la de España, la de Grecia y la de la India. Éste mantiene que las cuatro grandes razas contemporáneas: Blanca, Roja, Negra y Amarilla confluyeron en América Latina, las que en el largo proceso de mestizaje llegarán a la creación de lo que llamó la raza final, la raza cósmica.

Ya desde el siglo XVIII existía, en grado incipiente, la inquietud en algunos hispanoamericanos de su propia identidad. Con la consumación de las guerras de independencia, esta preocupación ontológica se convirtió en trascendental para el devenir de las nuevas naciones. El libertador Simón Bolívar, en su discurso al Congreso de la Angostura el 15 de febrero de 1819, estableció lo que se podría considerar los derechos históricos del mestizaje en el Nuevo Mundo. Había que construir una nueva identidad basada no sólo en la independencia política de la metrópoli

sino también en su herencia cultural, tal y como Bello había abogado por ello en su ensayo anteriormente comentado.

El resultado de la conquista de la vasta mayoría de los territorios en América por los españoles, no fue ni la subsistencia del mundo indígena, ni la continuación del mundo español en América. Se inició el largo proceso de mestizaje inicialmente con dos etnias totalmente opuestas en su origen y en sus culturas, a las que se le sumó más tarde un tercer elemento étnico, igual de disímil que los anteriores, el africano.

Pensadores como Bello, Martí, Rodó, Vasconcelos, veían el fundamento de la identidad hispanoamericana en los propios valores, nacidos del mestizaje y de la cultura híbrida que a través de varios siglos se fue forjando en el nuevo mundo. De los intelectuales aquí analizados sólo Sarmiento propugnó una identidad para su país basada en la importación de modelos europeos y sobre todo norteamericanos. Esta posición es entendible si se considera que la Argentina fue una de las pocas regiones de Hispanoamérica donde no hubo mezcla con los indígenas, quienes fueron eliminados. El mestizaje en Argentina se dio sólo entre los mismos inmigrantes europeos, los que Sarmiento propugnaba para que poblaran el vasto territorio de su patria, y entre estos y los criollos argentinos.

Para los demás ensayistas aquí mencionados, la conformación de la nueva identidad hispanoamericana, una vez alcanzada la independencia política de

España, tenía su fundamento en: 1) crear una cultura propia, pero sin cortar de raíz los lazos con las fuentes culturales de la metrópoli, buscando los rasgos característicos de una expresión americana; no imitando sin discernimientos ideas y modelos provenientes de Europa o de Norteamérica, 2) mantenerse alerta a lo que vislumbraban como las tendencias hegemónicas de los Estados Unidos y 3) justipreciar los valores espirituales y todo el acervo cultural de Hispanoamérica, acumulado a través de varios siglos, sin deslumbrarse por los avances materiales de Estados Unidos.

Desafortunadamente América Latina sigue padeciendo, ahora como antaño, el urgente requerimiento de reafirmar su propia identidad frente a las poderosas influencias y ambiciones hegemónicas del coloso del norte, que se ha fortalecido con el correr del tiempo. Hoy más que nunca las advertencias de Martí cobran vigencia: Hispanoamérica todavía está buscando su segunda independencia, la cual se ve cada día más lejana con el neoliberalismo que ha engendrado casi totalmente la globalización.

Notas

¹ Otros intelectuales que deberían estar incluidos por sus valiosas aportaciones, como Juan Montalvo, Alfonso Reyes, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada. Se han tenido que prescindir de ellos dado límites de espacio.

² La Revolución Francesa, inspirada en las nuevas filosofías de la Ilustración, de libertad, igualdad y

fraternidad, así como la proclamación por los franceses de los Derechos del Hombre, influyeron importantemente en la emancipación de las colonias españolas en Hispanoamérica.

³ Londres fue el centro europeo de reunión y de propaganda de muchos de los patriotas hispanoamericanos, tales como Miranda, Bolívar, Bello, Mier y Manuel Moreno, quienes vivieron en esa capital durante algún tiempo en el periodo independentista. Sólo la estadía de Bello fue más prolongada; diecinueve años.

⁴ “Their [Humboldt and Aimé Bonpland’s] historic journey, and the monument of print it produced, laid down the lines for the ideological reinvention of South America that took place on both sides of the Atlantic during the momentous first decades of the nineteenth century” (Pratt 111).

⁵ “Carta dirigida al Señor Alejandro de Humbolt “ el 10 de noviembre de 1821. Catálogo de documentos de Bolívar 22-06-2001. 4 de mayo de 2005 <http://www.bolivar.ula.ve/cg_w/in/be_alex.exe?Titulo=Carta+dirigida+al+Se%F1or+Alejandro+de+Humboldt&Nombrebd=BOLIVAR>

⁶ Este conflicto lo ilustra Bolívar de la siguiente manera: “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores.” (Bolívar 139).

⁷ Silva significa «selva» en latín y es el nombre que se da a los poemas no estróficos formados por versos heptasílabos y endecasílabos, combinados libremente. Esta forma lírica fue creada por los latinos, siendo Lucano uno de los primeros en utilizarla.

⁸ El título de zona tórrida de la silva se refiere al área geográfica comprendida entre los dos trópicos, el de Cáncer al norte del Ecuador y el de Capricornio al sur. El primero disecta a México en dos partes, dejando un poco más de la mitad de su territorio fuera de esta zona. El segundo deja fuera de la misma a la mayor parte del territorio de Argentina y Chile, a un poco menos de la mitad del territorio de Paraguay y a Uruguay totalmente.

⁹ Ambas formaban parte de un poema que no llegó a escribir, *América* (Montaldo 29-30). En ellas trasmite

una perspectiva sobre lo real-histórico, influenciado quizás por los naturalistas de su tiempo, la que supo valorar por su anterior relación con el barón von Humboldt, en Caracas, en 1799.

¹⁰ En este ensayo Bello refuta al historiador Jacinto Chacón, quien defendió vehementemente alguno de los textos de José Victorino Lastarria (1817-1888).

Lastarria presentó dos memorias en la Universidad de Chile en la que denunciaba “cómo el despotismo de la monarquía española había penetrado en las costumbres chilenas y cómo el espíritu colonial permanecía vivo a pesar de la liberación política lograda con la Independencia” (Sagrado 2). A Lastarria no le interesaba ni describir el pasado, ni narrar los hechos como realmente habían sucedido, sino comprender la influencia de estos en el presente para superarlos. Bello señaló que no se oponía a la interpretación de la historia, siempre y cuando estuviera respaldada por hechos fehacientes debidamente documentados, lo que no sucedía en las memorias de Lastarria. Bello sustentaba que no se podía interpretar la influencia de los hechos sino se estudiaban los hechos mismos. De esta polémica se hubo una división en dos grupos, el de historia filosófica (“ad probandum”) y el de historia narrativa (“ad narrandum”). En la polémica Bello prevaleció desarrollándose así una historiografía en Chile “con base en una exhaustiva recopilación de fuentes, en la crítica filológica, y en una sólida narrativa, erudita y minuciosa” (Sagrado 2).

¹¹ Previene a los jóvenes de evitar el servilismo a los conocimientos científicos europeos, los invita a imitar a Europa, pero en su autonomía de pensamiento: “¡Jóvenes chilenos; Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento” (98). Les invita a consultar en las fuentes originales, a leer las obras de los historiadores originales de cada civilización. Les advierte que si imitan el pensamiento europeo, estos los consideraran todavía con los grilletes puestos; que “no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía y no se apropia su espíritu” (98).

¹² En primer lugar el autor quería descubrir a Rosas como dictador y desprestigiarlo, al igual que al representante de éste y al caudillismo. En segundo lugar, justificar la causa de los emigrados argentinos. En tercer lugar, proporcionar a los intelectuales argentinos una doctrina que fuera la base de explicación y de aliciente en la lucha contra Rosas,

teniendo como estandarte el de la Civilización contra la Barbarie. En cuarto lugar, Sarmiento, en previsión de la caída, en algún momento, del dictador Rosas, quería mantener su nombre como uno de los posibles actores políticos en la dirección de su país. Por último, augurar un brillante porvenir a la Argentina una vez que se superaran las luchas que la dividían (*Facundo*, Ed. Argentinas p. X).

¹³ Cuando Sarmiento se encontraba en Chile hizo una evaluación de compañías europeas que querían colonizar tierras en el sur de Chile. Sarmiento dejó claro que se oponía a que se formaran colonias exclusivamente compuestas por europeos. Pensaba que era esencial mezclar a los chilenos con los extranjeros, para que aprendieran el idioma y los chilenos mejoraran, con el ejemplo europeo, la industria y la agricultura (Criscenti 133).

¹⁴ Quien propone que para progresar hay que sustituir la barbarie por la civilización, entendiéndose esta última como todo lo que llega de Europa en sí o a través de los Estados Unidos, y la barbarie como toda la cultura indígena que había logrado subsistir a la conquista,

¹⁵ De aquí en adelante las referencias a este escrito aparecerán como *N. A.*

¹⁶ Rodó ingresa a la universidad en el momento en que el idealismo romántico se veía inundado por el avasallador protagonismo de las doctrinas científicas, las que eran objeto de estudio en las universidades desde 1890. Este protagonismo del positivismo indiferente debilitaba la inspiración y dejaba sin rumbo a la juventud (*Ariel* 13), y la conciencia de los países latinoamericanos experimentaba un profundo conflicto en el crepúsculo del siglo XIX.

El avance económico y tecnológico de los Estados Unidos en la segunda parte del siglo XIX hacía palidecer lo que en materia económica se había logrado en Latinoamérica; la brecha era imponente. Se recordaba que sólo unas décadas atrás, pensadores como Sarmiento y Alberdi habían sugerido que Hispanoamérica reprodujera el sistema educativo norteamericano, emulara su vigor práctico, copiara sus instituciones políticas, para contrarrestar los males heredados de la época colonial. Civilizarse equivale a norte-americanizarse, aún cuando la misma Europa reconoce la “superioridad de la cultura anglo-sajona sobre la latina, y muchas voces instan a las grandes maestras de la latinidad—a España, a Italia, a Francia—a adoptar esas mismas normas positivas, a

anglosajonizarse” (Zum Felde 291).

¹⁷ Se piensa que la inspiración principal en la redacción de *Ariel* fue el drama filosófico *Calibán suite de la tempête* (1878), escrito por su tan admirado guía Ernest Renan, de donde toma los símbolos de la obra de Shakespeare. En la obra de Renan, el viejo mago Próspero encarna la sabiduría derrotada por Calibán, que representa el vulgo ignorante y rústico. Esta victoria es el triunfo de la democracia igualitaria y materialista, en la que se le otorga un voto a cada uno de los ciudadanos, independientemente de su capacidad de análisis y educación, elevando en muchas ocasiones a individuos muy inferiores a la aristocracia intelectual, que es la que verdaderamente esta preparada para gobernar. *Ariel* es posiblemente la solución a lo que representa Calibán con respecto al conflicto entre la democracia igualitaria y la cultura (*Ariel* 32).

¹⁸ Anagrama que formó Shakespeare de la palabra caníbal.

¹⁹ De hecho Fernández Retamar en *Calibán* dedica varias páginas a explicar el origen de la palabra Calibán y como Shakespeare lo utilizó en su obra. Escribe que es en el *Diario de Navegación* de Colón donde aparece por primera vez el nombre de *caniba* como la gente del gran Can. De allí derivó en caribe/canibal (de la isla de Quarives) indígenas que comen carne humana (*Calibán* 14-18).

²⁰ Pensamiento que recoge ideas obtenidas de sus lecturas de Henri Bergson (1859-1941), premio Nóbel de literatura en 1928, de Friedrich Nietzsche (1844-1900) y de Arthur Schopenhauer (1788-1860) (Rovira 31).

²¹ Para Vasconcelos el ‘mundo rojo’ es el mundo indígena.

²² Las cuatro razas a las que se refiere Vasconcelos en *La raza cósmica* son: la negra, la roja, la amarilla y la blanca.

Bibliografía

Astudillo y Astudillo, Rubén ed. *José Martí o la cultura como acción*. Quito: Ediciones del Ministerio de Educación, Cultura, Deportes y Recreación del Ecuador, 2002.

- Bello, Andrés. *Obras Completas*. 10 vols. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981.
- Bethell, Leslie ed. *Cuba: A Short History*. Cambridge: Cambridge U P, 1993.
- Blanco White, José María. *Conversaciones americanas y otros escritos sobre España y sus Indias*. ed. Manuel Moreno Alonso. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1993.
- Bolívar, Simón. *Cartas de Bolívar 1799 a 1822*. Buenos Aires: Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 1912.
- Breña, Roberto. “José María Blanco White y la Independencia de América: ¿Una postura pro-americana?” *Revista Electrónica de Historia Constitucional*. 3 (junio 2002). 28 nov 2005 <<http://hc.rediris.es/03/Numero03.html>>.
- Chang-Rodríguez, Raquel y Malva E. Filer. *Voces de Hispanoamérica*. Boston: Thomson Hiele, 2004.
- Criscenti, Joseph T. ed. *Sarmiento and His Argentina*. Boulder: Lynne Rienner, 1993.
- Dager Alva, Joseph. “‘Poner en claro los hechos en escribir la historia’: La metodología de la investigación del pasado de Andrés Bello”. *Revista Electrónica de Historia* 3 (2003) 4 mayo 2005 <<http://www.pensamientocritico.cl/index.php?inc=resumen&mrev=1&IDREV=3>>
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán*. Maracaibo: Universidad de Zulia, 1973.
- Gómez-Gil, Orlando. *Historia crítica de la literatura hispanoamericana*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1968.
- Goodrich Sorensen, Diana. *Facundo and the Construction of Argentine Culture*. Austin: U of Texas P, 1966.
- Iduarte, Andrés. *Sarmiento, Martí y Rodó*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, 1955.
- Imaz de, José Luis. *Sobre la identidad iberoamericana*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1984.
- Keen, Benjamín. *Latin American Civilization*. Boulder: Westview, 2000.
- Lecuna, Vicente. *Proclamas y discursos del Libertador*. Caracas: Gobierno de Venezuela, 1939.
- Lynch, John. *The Spanish American Revolutions 1808-1826*. New York: W. W. Norton, 1986.
- Marsh, Rod. “Lecture on Ariel (1900) and Calibán (1971)”. University of Cambridge. 1998. 6 mayo 2005 <<http://www.mml.cam.ac.uk/spanish/SP5/nation/Ariel-Caliban.htm>>
- Martí, José. *Nuestra América*. Guadalajara: U de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, 2002.
- . *Obra literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.
- . *Política de Nuestra América*. México: Siglo XXI, 1977.
- Mellaffe, Rodolfo y María Teresa González. *Breve historia de la independencia Latinoamericana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.
- Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Tesis/Ensayo, 1999.

- Morinigo, Mariano. *Americanismo literario: formas antagónicas*. Tucumán: U. Nacional de Tucumán, 1967.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. Montevideo: Ediciones del nuevo mundo, 1967.
- Rovira, José Carlos ed. *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Generalitat Valenciana, 1992.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1962.
- . *Facundo*. México: Porrúa, 1969.
- . *Facundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Pellicer, Jaime O. *El Facundo: significativo y significado*. Buenos Aires: Trilce, 1990.
- . *En busca del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes, Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge, 1992.
- Uslar Pietri, Arturo. “Colofón: Un creador reflexiona sobre la identidad.” En José Carlos Rovira, ed. *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Generalitat Valenciana, 1992.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1948.
- Zum Felde, Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. 2 vols. México: Editorial Guranía, 1954.